



a saber...

Prosa Boliviana en el Siglo XXI

de esa pasión, ese amor (phileon) que anima y que corroe a la filosofía, que la hace ir en pos de saber algo —que no sabrá, que por no saberlo trata de saber.

La literatura, en cambio, ni persigue ni procura saber nada. Alejada (pero no tan lejos) de la filosofía que elige o que recorta eso de "saber" de la frase "vaya uno a saber", la literatura, en cambio y más bien, se queda, explora y explota ese "vaya uno a..." ¿A qué? A vivir, tal vez es lo que la literatura dice, o desdice, enferma o afirma, pero que en todo caso es su materia prima.

Hagamos ahora una pausa. Recapitulemos: hemos tratado, hasta aquí, de responder (o ser respondidos por) un cuándo, un dónde, un qué. Ustedes ya saben a qué me refiero. ¿Pero de verdad lo saben? Yo mismo, por ejemplo, sé mucho menos de lo que creía saber al principio.

De una vez anudemos ya el cuándo con el dónde, amarrémoslos con el hilo de un qué. ¿Qué nos da esa complicada operación? Nos da esta palabra de Holderlin:

*¿A qué poetas,
en tiempos de penuria?*

Lo que dijo, o quiso decir, o que dejó de decir Holderlin al decirlo, no debe compeler demasiado aquí. Quedémonos, nada más, con eso de "tiempos de penuria". Es decir, no se refería, simplemente, a una época de penuria material, pobreza, estrechez. Lo certifica la historia de circunstancias y de pueblos, la penuria es tan vieja como el hombre y lo acompañará hasta el fin. Ella no habla, pues, de la desgracia concreta, de la mortandad infantil, etc.

Habla de algo peor, y más grave. Se refiere, para expresarlo rápida e inapropiadamente, a un tiempo o a una época en la que, por decirlo así, baja, se despreña y envilece la calidad del alma colectiva (para Holderlin, debido a la huida de los dioses). Las consecuencias visibles de ese bajón de la calidad o cualidad del alma, como sabemos, se traducen en una bajeza de lo humano: ahí están los totalitarismos y las guerras, en un caso extremo y, en otro, espantoso aunque de forma light, están los reality shows, y afines, política incluida.

Pues, y esto es muy inquietante, quizá la calificación de "tiempos de penuria", aunque vivamos en lugares y momentos penosos, desgraciados, no convenga a nuestro tiempo, suena ella un tanto romántica, un tanto nostálgica por una verdad ida; de hecho, arrastrarla un dejo metafísico. O, lo que es lo mismo, se erige como el duelo por una dicha o una verdad ya inatrapables, irrecuperables. Su enunciación, su queja, participan sin embargo y de rebote, de esa dicha, de esa verdad. Lo que quiere decir, pues, que a nosotros, simplemente, la oportunista aseveración de que también vivimos en tiempos de penuria, nos quedaría demasiado grande en la medida en que vivimos, justamente, en una época light y en la que lo trivial se impone a lo que Stelner llama las "presencias reales".

Con todo ello, pareciera que se abandonado, hoy y aquí, toda observancia de las antiguas reglas de la hospitalidad (de la hospitalidad, también hacía esas presencias reales) —de su incondicionalidad, de su seguridad al acoger, a dar la bienvenida a quien o a lo que viniera.

Sabemos muy bien, por otra parte, que la hospitalidad, esencialmente, es el primer y necesario fundamento sobre, o en torno al cual, se erige una casa. Es posible, e incluso seguro, que la hospitalidad, la generosidad, la iluminada expectación del Otro, hayan procedido, a la hora de levantar una casa, a la mera necesidad individual de encontrar un refugio. Pues podría muy bien ser que el verdadero Heidegger, si bien ignorando las necesarias determinaciones de la hospitalidad, demuestra e ilustra, en su deslumbrante comentario en torno, a cómo lo poético, justamente, precede y posibilita la construcción de una casa.

Ahora bien; si se extravía, si se aborinan, se olvidan, se abandonan las reglas o los protocolos de la hospitalidad (o la poética) de la habitabilidad, ocurre que, simultáneamente, se pierde o clausura la mera posibilidad de la existencia de cualquier casa. Ya ese podría ser el tipo de pena, que no de penuria que amenaza con asolar a este país en estos tiempos.

Que es eso, me parece, lo que nos ocurre a todos los que vivimos por aquí, encima a principios del siglo XXI. Que estaríamos corriendo, simplemente, el riesgo de ser una punta de destechados.

¿Qué hace la literatura, entonces, en este caso? ¿Reslitimos una nobleza, devolvemos una dulzura, curarnos de alguna herida? Pues bien: justamente, todo eso es lo que no hace la literatura. O; siempre intempestiva, siempre apátrida, ya sea reclinada en la verdad de ese "vaya uno a...", y yendo sólo a ver, sin saber y casi sin querer, la literatura restituye, sobre, todo, la libertad de la ignorancia y por ahí mismo la posibilidad de reinventar una casa. O, para decirlo en las palabras muy simples de Gabriel Zaid:

Las constelaciones de grandes obras y la conversación con buenos lectores sirven para desarrollar la imaginación, la inteligencia, la sensibilidad; para orientarse y constituirse como personas, para ser más.

¿Y cómo se sitúa entonces la escritura en este sentido y en relación al tiempo y a la sociedad en que surge? Quignard lo dice de una forma un tanto terrible y muy bella en esta cita de la que ya habíamos sacado algunas palabras.

Escribir descontextualiza la lengua. Anotar sonidos mediante letras que los fragmentan los arranca del asidero de la palabra enteramente sumergida en el medio cinegético y en la relación

de fuerzas propias al grupo. Escribir inventa la separación. Desune el diálogo hasta entonces indistinto y continuo. La letra es la prórroga, es el aplazamiento, el tiempo sabático, el otro mundo vitalicio o falaz o mentiroso o fantástico o ficticio. Escribir insituye el contra-tiempo. Inventar el contra-tiempo supone esta posibilidad previa a la temporalidad que la lengua llama la temporización.

Finalmente, y casi como una coda final, me referiré muy apenas y brevemente, a eso de los últimos cinco años de la literatura nacional. Dos razones determinan tal brevedad. La primera es que, cierto, ni soy un académico, un estudioso de los afanes literarios nacionales ni, tampoco, leo todo lo que sale. Mal hecho, podrán decirme, y es verdad, deberé asentir. La otra razón, más personal y agria, es que simplemente no veo que haya mucho que ver, que decir o ponderar sobre lo publicado (dentro de lo que he leído) estos últimos años. Es más: una buena parte de lo que he podido leer simplemente no me parece bueno. Y me asombra, en este sentido el éxito que alcanzan algunos libros. Pareciera que, como acertadamente dice otra vez Gabriel Zaid:

Los medios culturales se han vuelto menos entusiastas de la calidad concreta de las obras que de sus éxitos abstractos: los reconocimientos que otorgan las universidades, el mercado, el Estado, los medios

Con todo y menos mal, sí me parece que hay algunas excepciones que exigen e invitan la atención. Pocos en la prosa (hasta ahora no hay ninguna "gran novela" en Bolivia) y bastantes más en poesía. Lo que hace recuerdo, de paso a esa carta de Cioran a un joven escritor rumano. Le dice, en ella, que es de alguna manera propio de los rincones o países pequeños y alejados (¡Oh Rumania!), que en ellos proliferen y viva un montón la poesía —mientras la novela no.

Y, esto hay que señalarlo ahora, el peligro que corre la literatura, en esta época, es justamente la de devenir ella misma un producto light. Que se venda bien. Ante esto cerremos el caso con otra cita, ésta de Enrique Vila-Matas y que a su vez está hecha de citas:

Yo creo que vamos perdiendo el gusto por aventurarnos en lo incomprendible, por aventurarnos en todo aquello que nos resulta desconcertante, diferente, disidente, extraño, extranjero, excéntrico. "Los libros que amamos parecen escritos en una lengua extranjera", decía Proust. "Nada más cierto", dice César Aira. Y añade: "Todo escritor va hacia la claridad perfecta, pero el camino es un rodeo por lo incomprendible. Si va a lo claro por el camino de lo claro, suele quedarse en el obvio, que es la forma más derrotista de la melancolía en literatura. El escritor hace un largo paseo por las sombras antes de llegar a la luz.



Juan Cristóbal Mac Lean Cochabamba, 1958
Poeta. Ha publicado "Paran los clamores" - 1997,
"Transectos" - 2000 y, "Por el ojo de una espina" - 2005

Boletín Literario No. 9 - 2005 Centro pedagógico y cultural Simón I. Patiño

